PECADOS DE FAMILIA
HIJOS DE DIOS

Alberto Castañeda Solórzano

PECADOS DE FAMILIA
HIJOS DE DIOS

Alberto Castañeda Solórzano

Avant
editorial

Primera edición, marzo de 2023
© Alberto Castañeda Solórzano 2023

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 978-84-19584-80-9
IBIC: FP

A Federico,
por ser valiente y decidir ser mirlo,
en esta dimensión;
por amarme, cuidarme y protegerme.

Eres mi atardecer, cuando me levanto,
mi mejor café y mi único alimento.
Espero vivir a tu lado,
Otros cuarenta y dos días (setenta veces siete),
—Disfrútalo o súfrelo—.
Suspiró el mirlo (setenta veces más cinco).
—¡Felicitats Federico!—

Aletearon y trinaron todos los mirlos en catalán.

Ciudad de México, 11 de mayo de 2022

Gracias

A todos mis ancestros, incluyendo Yorgos, quienes me cuentan sus vidas, cuando sueño.

A María. Mi tía, quien nunca me dejó entrar a su cocina porque decía que me podía volver joto. Cantó el mirlo.

A todos los hijos de Esteban. Las que ya me leyeron y los que faltan. Sin sus datos no habría podido aterrizar este proyecto. Los amo. También amo a los que no conozco.

A Flor de lis y ruiseñor Hruot-Berht, por sus correcciones y observaciones. Quienes me enseñaron a guiñar un solo ojo, a la vez. «La primera me mostró el movimiento del párpado derecho, el segundo el movimiento del párpado izquierdo». Espero cubrir sus expectativas.

Un piropo: Fue mi corrector, quien en realidad me enseñó a no ser tan pispireto.

To my well-spoken and reader mirlo-friend-Hug for all his impressions: He is insightful and hard-working; I have copied his willpower to achieve my goals. He is still sleeping with his open-eyes, after reading me.

A Hroderich e Yahanan, por fortuna me crucé en su camino, cuando íbamos en nuestro vuelo de migración en parvada de mirlos.

Yahanan está ansioso por empezar.

A los mirlos todos, a los que conozco y me falta por conocer.

A Lætitia, por apurarme a terminar. Es una delicia para mí, presentar mi libro a la diosa Ceres, la de la Abundancia.

Esperemos nacer con buena estrella.

A todos mis lectores. ¡Disfrútenlo o súfranlo! Gracias por leerme.

—Algunos acontecimientos fueron reales —declara el mirlo.

PREÁMBULO: VICENTA
(1875 - ?)

Os voy a contar algunos secretos de mis ancestros, por favor no los esparzáis a cualquiera, solo a todos los *passeriformes* —a los de mi especie—, a los que tengan la suficiente tolerancia para saber que el deseo carnal puede darse en el interior de la familia; y cuando sucede, por qué no, ojalá se dé envuelto en amor. Ese sentimiento que todos perseguimos, como el colibrí busca su néctar; lo necesitamos para vivir.

Todo comenzó con una gran boda, donde dos medios-hermanos, sin consciencia de serlo, yacerían para concebir una hija de Dios. Cronológicamente hablando, el destino juntó cabezas mucho antes. Al igual, quiso liar alimento con sexo. La necesidad de alimentarse estaba muy unida a la necesidad carnal.

—Empezó silbando el mirlo.

Como toda gran boda, se inició con los preparativos. De los más importantes, estaba el menú. Lo que para los expertos en cocina llaman: *mise en place*, empezó un día antes del festejo,

todos los elementos estaban puestos en la mesa, en la madrugada previa a la fiesta; cuando tiene comienzo nuestra historia.

Se serviría birria y jericallas. Juanita, la cocinera principal, estaba encargada de todo. Desde despelucar y destajar al borrego para meterlo a marinar y no olvidarse de poner todos los condimentos que llevaba la receta tradicional: chile ancho, morita, guajillo, chipotle, comino, tomillo, orégano, mejorana, clavo, su hojita de laurel, jengibre, ajo, cebolla, sal, tomates y vinagre de manzana. No podía faltar ninguno si quería que el sabor fuera auténtico. —Escogió la birria, porque los pobladores le atribuían propiedades curativas, por su largo método de cocción de toda la noche—. Se necesitaba amor y paciencia en ese platillo. Al igual, debía estar al pendiente de las jericallas, estas no eran difíciles en cocción, sí en elaboración; ya que el huevo se podía cortar al mezclar las claras con la leche, que previamente debió cocerse con los granos de vainilla. Por último, debía estar al pendiente de acomodar las cientos de cacerolitas de barro y meterlas a hornear antes de servirlas. Al entrar a la cocina se veían tres mujeres, en perfecta coreografía batiendo a mano, los cientos de huevos que llevaba la receta.

Para Juanita era muy importante que todo se preparara con amor, ya que era su hija la que se casaba; además, coincidía con las celebraciones del año viejo (corría el día domingo 31 de diciembre de 1899 en Valle de Ameca, Jalisco). Se celebraba la llegada del año nuevo. «¡Año viejo, vida nueva; y lo que sobre, que el diablo se lo chupe!», decían los habitantes del Valle.

Como si fuese un eclipse lunar, se traslapaban dos acontecimientos importantes, uno definitivamente eclipsaba al otro: La boda de Vicenta, apodada la virgen morena; cuya celebración era más esperada que la llegada del año nuevo (1900), que para los

habitantes del Valle, eso era cambio de siglo, sin importar lo que dijeran los doctos: ¡quésque, no hubo año cero! —argumento matemático tajante que hizo que los pobladores festejaran dos veces la llegada del s. XX—. En el segundo, ninguna boda eclipsó el festejo.

A partir de esa fecha, el tiempo dejó de pasar lento en el valle. La boda se estaba dando y dejó una imagen tatuada en la región: Vicenta, su marido y el patrón. La fiesta misma se quedó en la memoria de todos los que asistieron a ella. Ante tanta responsabilidad, todo le tenía que salir perfecto a Juanita, para ello, el trabajo duro había comenzado desde la madrugada en la cocina de los Castañeda.

Vicenta se casaba con el capataz principal de los jornaleros. Había pasado ya un año desde que Tomás pidiera a la chamaca; entonces tenía 13 y la Iglesia se opuso a la unión, dada la escandalosa diferencia de edades. Cuando tuviera 14, Vicenta estaría lista para el matrimonio. Por lo que Tomás tuvo que esperar, sin prisas, todo un año. Al ser el capataz principal, sus años y lealtad le otorgaban privilegios. A pesar de tener 56 años, Tomás estaba fuerte y sano. Y le había echado el ojo a Vicenta desde que era escuincla.

La había visto correr por los montes, jugar con las aves del corral, ayudar en la cocina, incluso ir al mercado sola; cargando diez kilos de peso enredados en su reboso sobre sus hombros. Pero nunca se le olvidaría cuando la vio bañarse en el río. Fue un momento suspendido en su horizonte: Ella tenía la espalda desnuda, faltaba por quitarse el calzoncillo, que le llegaba debajo de las corvas —una especie de pantaloncito ligero, hecho con algodón, que se anudaba en la cintura, y por debajo de ambas rodillas—. Resaltaba lo redondeado de sus pantorrillas junto con su

color piel morena, contrastando con el blanco de la tela. El listón de la cintura cedió y Vicenta se agachó a desatar los nudillos de las rodillas, dejando ver todo el contorno de su trasero. Cuando se quitó, por fin, la ropa interior; pudo ver cómo caminaba hacia el agua, en un bamboleo de aquí para allá de sus nalgas. Su cabello negro azabache, rizado se perdía sobre el color de piel también muy oscura. «¡Es el cuerpo de india más hermoso, estilizado y diáfano que haya visto!», pensó Tomás.

Sin embargo, Tomás no contaba con que don Esteban, patrón de la hacienda El Cabezón, donde él era capataz, también estaba esperando se diera la boda de Vicenta, por razones personales. En un principio se había fijado en ella por casualidad, cuando iba y venía con la ropa pasando por enfrente de su biblioteca. Pero sus encuentros casuales se sucedieron más a menudo, desde que pasara a ser la cuidadora principal de su mujer, quien yacía enferma, inhabilitada en cama, con dolores de estómago muy fuertes. Pues desde que llegó a la hacienda y probó la comida mexicana, poco a poco dejó de comer, hasta alimentarse exclusivamente de luz solar. Murió por anorexia.

A la mirada de don Esteban, Vicenta era una niña solícita, callada, con un rostro muy moreno, alargado e inexpresivo. Solo le conocía cuatro palabras: «Sí, señor. No, señora». Iba y venía con el cambio de sábanas. Pasaba frente a la puerta de su biblioteca, dejando un aroma a cocina de Juanita, tan sabrosa para él. Seguro que no se dio cuenta del pasar del tiempo, pues al voltear a ver a la muchacha, cuya timidez la hacían caminar con pasitos pequeños y silenciosos de geisha; con la ropa doblada sobre sus brazos cruzados, dirigiéndose hacia la habitación de blancos; entonces el patrón, vio lo que los trabajadores murmuraban: ¡Era igualita a la virgen morena! Esteban notó el cambio en el

aroma; eran las feromonas de una mujer enamorada. Se acercaba la boda. Se acercaba el día de cobrar su derecho de pernada.

Vicenta no tuvo oportunidad de decir *no*, tímidamente le expresó a su madre:

—Mi futuro esposo está muy grande y feo, ¿no cree, *´mâ*?

Juanita le respondió: —¡A qué la chingada! Aquí me tienes en chinga, cocinando toda la vida *pa´* los patrones. Y tú de remilgosa. —Se quedó pensando para luego continuar—. Tú, derechita al altar, *pa´* cumplir la voluntad de Dios: tener hijos y trabajar *pa´ limentarlos*. —Calló por un momento, mientras echaba más agua a la masa—. Además, te casas con un buen hombre, trabajador, y el patrón te quiere como su prenda. ¿Qué más quieres?

Juanita siguió amasando sobre la mesa, le pidió acercarse para decirle algo en voz baja: «Ya estás crecidita, eres una mujer y vas a pasar por lo que yo pasé. Solo sé que el patrón y Tomás me prometieron cuidarte. Vas a ser primero mujer del patrón y luego de Tomás». Suspiró y siguió con su trabajo. Juanita había pasado por lo mismo, quince años atrás, con el entonces patrón, papá de don Esteban, ahora ya asunto enterrado. Vicenta era bastarda de ese encuentro, solo que don Esteban difunto, nunca le reconoció su parentesco.

Las últimas palabras de su madre asustaron aún más a Vicenta, quien definitivamente no quería saber lo que era ser mujer. Había visto al caballo con su yegua; y le parecía que los dos sufrían, tanto el que monta, como la que recibe. Obsesionada, veía cómo el animal se acercaba a su pareja, mostrando una pose altiva, con su cuello arqueado, destacando los músculos de los hombros. Empezaba a dar relinchos cada vez más prolongados, agudos y con mucha energía. Luego el macho hacía una danza en círculos. Si la hembra lo aceptaba, iniciaba el cortejo; si no,

empezaba a dar coces con sus patas traseras. Antes de montarla, olfateaba por detrás, lamía y mordisqueaba la grupa. La erección del caballo alcanzaba más de un metro, era un semental —en promedio es de 90 centímetros—.

¡Era lo que más la impresionaba: el tamaño! Cuando se quedaba a ver la cópula, solo tardaba unos seis o siete movimientos (14 segundos). La yegua emitía un relincho de dolor y se separaba dando coces —el caballo, solo tiene muy poco tiempo para penetrar y eyacular; o se lleva una buena patada, a veces mortal—. A Vicenta le parecía un desperdicio de esfuerzo, que le causaba horror, su pensamiento se iba hacia los hombres y lo doliente de su entrepierna. «¿Qué tamaño alcanzará el de ellos?», pensaba de manera nerviosa. Para tranquilizarse, evocaba a su amor secreto. «Aceptaría cualquier tamaño de él, no importa que tenga que dar patadas de dolor».

Vicenta pasaba todo el día con doña Carlota, la esposa de don Esteban. Escuchando sus historias, cepillándola. A veces las mismas, pero su parte favorita era cuando conoció a su marido. Se imaginaba ser ella la que husmeaba su llegada, cuando este entraba por el recibidor de una casa elegante en un lugar llamado Barcelona. Esteban tuvo que pedir la mano de la prometida para poder conseguir fructíferos negocios con el padre, duque de Bera. La señora notó cómo Vicenta sobre abrió los ojos cuando le contó haber aceptado el cortejo del pretendiente para hacerle el favor a él y a su padre, al mismo tiempo. De cómo se preparó la gran boda y de todo lo que sucedió, incluyendo algunos comentarios indiscretos de la noche nupcial. Donde se encontró con un verdadero hombre, que no pudo inyectarse en su vientre. Nunca hubo penetración. Ella era demasiado frágil para tal impacto.

—Y después…, que me han traído aquí y otro tipo de chile me enfermó —dijo doña Carlota y se puso a reír como cotorra.

La señora había mencionado la palabra *chile* en doble sentido. Vicenta se ruborizó, no se ponía roja, sino morada.

—Ah, ¿ya sabéis acerca del chile mexicano? —preguntó doña Carlota.

—No, señora —contestó Vicenta.

Sentía una curiosidad tremenda por saber acerca del *chile* del patrón. Quien para Vicenta era el hombre más guapo que había visto jamás. Tan solo verlo en su biblioteca por solo una fracción de tiempo, capturando la imagen de un hombre siempre leyendo, era suficiente para que soñara en ocupar el lugar de la señora. «Con él no daría de patadas». Había adquirido la costumbre de llevarse la ropa sucia de don Esteban a su nariz, antes de ponerse a tallarla. El aroma de la señora era nauseabundo, el del señor, casi dulce. ¡Eran las feromonas de su penco relinchador!

Por fin, había llegado el día de la boda. Se dejó vestir, con un ajuar modesto, blanco como las nubes, con encaje —que le compró Tomás para pagar en dos años—. Le quedaba un poco grande, pero con ingeniosos ajustes, lograron que el cuerpo delgado y estirado de Vicenta destacara de manera elegante y no voluptuosa. Su rostro y manos quedaban al descubierto, contrastaban por lo oscuro de su piel. ¡Cuando le pusieron el tocado parecía una verdadera virgen morena!

Entre los jornaleros se comentaba lo suertudo que era Tomás al casarse con esa chamaca, tan bonita, tan virgen; nada más verla, uno se enamora de la noche y su piel oscura, llena de secretos.

Todos estaban muy contentos de haber sido invitados por los patrones, padrinos de la boda y anfitriones del festejo de fin

de año. Excepto Vicenta, quien continuaba aterrorizada por el momento de convertirse en mujer. —No la mal entiendan, sí deseaba conocer hombre, pero no su marido, no lo amaba, era un desconocido para ella—. Tampoco estaba contento Tomás, quien empezaba a manifestar cierto encono hacia el patrón por cobrarse su derecho. —No lo mal entiendan, sí estaba viejo para una chamaca de 14, pero su corazón se ocupó de ella, desde que la vio—. Y el propio Esteban solo estaba confundido, sentía cierto grado de pasión por la novia, pero en absoluto le interesaba, ni ella ni Tomás. Estaba sumamente preocupado porque la sirvienta de su mujer no se asustara por el tamaño de su pene. —A él pueden juzgarlo todo lo que ustedes quieran—. La realidad es que no quería lastimarla, ni por dentro, ni por fuera.

En resumidas cuentas: Tomás no sería el primero en la vida de Vicenta. Esteban solo quería tener un hijo con ella, a quien heredar. ¡Y la misma Vicenta estaba deseosa de ser montada por el patrón y aterrorizada de conocer el tamaño de su futuro esposo, al mismo tiempo! Uno era su fantasía, el otro era la imagen del caballo hiriente.

Vistieron y ataviaron a Vicenta en la casa principal, a unos pasos de la capilla que contenía la hacienda. Llegó caminando a Nuestra Señora de la Candelaria, pequeña iglesia pintada casi toda de blanco con marquesinas azul cielo. Ahí estaba, frente a la parroquia que tantas veces había visitado los domingos para hincarse ante el retablo de madera, con sus nueve santos observándola y pidiéndoles nunca ser mujer de nadie. Sus santitos la habían traicionado. Entró al atrio, donde la esperaba Juan Esteban Castañeda Cañedo, quien la entregaba a su futuro esposo, Tomás López Tejuino, en su derecho de pernada.

Pocas familias de trabajadores pudieron entrar en el espacio tan pequeño de la capilla. Se arremolinaron como mejor pudieron. Una vez que Esteban entregó a la novia, se sentó en la parte de atrás. En su cabeza la misa se eternizó. Odiaba todo de la religión, sus falsedades, sus rituales, sus enseñanzas, su liturgia, la siempre e inevitable mirada lasciva del clero hacia su paquete —todos los capellanes eran maricas—, pero lo que más le molestaba eran sus hipócritas prohibiciones sexuales, que únicamente servían para manipular al pueblo. No podía concebir cómo la humanidad idiota, se creyó el cuento de que un espíritu se fornicó a una tal María y nació Dios. Verdaderamente, pensaba que la humanidad era imbécil. Tragaba cuentos y las vírgenes parían salvadores.

Al salir de la misa, se comentaba ¡de lo generoso que había sido don Esteban al pagarlo todo! No solo porque Tomás fuera un trabajador de jornada completa y mucha confianza, sino porque se rumoreaba que él mismo quería a la chamaca para… ya sabes qué: ¡Virgen y bonita! Jugada doble del patrón, ya que la verdad es que no tenía heredero y no quería dejarles El Cabezón a sus hermanos. Vicenta le pareció una india hermosa que cubría los requisitos.

La comilona fue a media tarde, hubo tanto que algunas familias pudieron llevarse itacate. También hubo alcohol de sobra, destilado de tequila para todos. Don Esteban destinó cien botellones de la conserva, que se preparó desde 1898. Con mucho más tiempo para su elaboración. Después de jimar el agave, se pusieron a cocer a fuego prolongado las piñas. Durante la molienda, no se paró hasta que quedara puro líquido, para pasarlo a fermentación y obtener el tepache: pita fermentada y guardada por más de un año. Uno antes, se había dado una excelente

cosecha, por lo que decidió utilizar parte del depurado para esta ocasión. Presionando atraer buen augurio para el futuro de la hacienda. ¡En año nuevo y cambio de siglo —menos para los doctos—, todo fue derrochar para concebir la abundancia y al heredero!

El derecho de pernada era un tema que no se cuestionaba, simplemente se daban por enterados. Solo a algunos de pensamiento de avanzada les parecía injusto, pero la mayoría de los habitantes de la hacienda estaban conformes con la tradición heredada desde el siglo XVI. Tomás era uno de los inconformes, quien había visto infinidad de vírgenes contrayendo vástagos por obra y gracia de los patroncitos. Los habitantes del Valle lo vivían de manera natural, como un requisito más si querían unirse en santo matrimonio y estaban viviendo como trabajadores, dentro de la comunidad. Es decir, pagaban su derecho a ser jornaleros y vivir dentro del latifundio. —Durante todo el siglo XIX, en las heredades, pululaban vástagos muy parecidos en fisonomía o color de piel y ojos a los dueños o latifundistas, a veces extranjeros, de las haciendas en México, era su momento de gloria—.

No siempre el patrón se cobraba su derecho. Había casamientos entre los jornaleros de menor importancia, que pasaban desapercibidos para este. Sin embargo, cuando alguien relevante para la estructura hacendaría se unía y quería formar una familia, ¡seguro que el patrón se la cobraría y más siendo joven y bonita la afortunada! Lo mismo había hecho el patrón anterior con Juanita —¿qué, no?—.

Durante toda la tarde y hasta el anochecer se comió y bebió; hasta tres veces se alcanzó a servir. La mayoría se quedó a ver el